
Un mundo de ciudades perdidas

/Mike Davis

En algún momento del año próximo, una mujer parirá en la ciudad perdida de Ajengule, en Lagos, a un joven que saldrá de su aldea en el oeste de Java hacia las luces brillantes de Jakarta, o a un granjero que mudará a su empobrecida familia a uno de los innumerables pueblos jóvenes de Lima. El evento preciso carece de importancia y pasará completamente inadvertido. Sin embargo será un parteaguas en la historia humana. Por primera vez, la población urbana del planeta superará a la rural. En realidad, dadas las imprecisiones en los censos del tercer mundo, esta época de transición puede ya haber pasado.

El planeta se ha urbanizado incluso más rápido de lo que predecía el Club de Roma en su informe de 1972, *Límites del crecimiento*, notoriamente malthusiano. En 1950 había 86 ciudades en el mundo con poblaciones de más de un millón; hoy hay 400, y para 2015, habrán al menos 550. Las ciudades han absorbido, desde 1950, cerca de dos tercios de la explosión demográfica mundial y crecen actualmente cerca de un millón de nacimientos e inmigrantes cada semana. La población urbana actual (3.2 miles de millones) es mayor que la población total del mundo en 1960. Hoy, el espacio global de los países ha alcanzado su población máxima (3.2 miles de millones) y empezará a disminuir después de 2020. Como resultado, las ciudades recibirán todo el futuro crecimiento de la población mundial, que se espera llegue a cerca de 10 mil millones en 2050.

La culminación urbana

¿Dónde están los héroes, los colonizadores, las víctimas de la Metrópolis?
Brecht, introducción a *Diario*, 1921.

Noventa y cinco por ciento de las construcciones humanas se hacen en las áreas urbanas de los países en desa-

rollo, cuya población se duplicará hasta aproximadamente los 4 mil millones en la siguiente generación. (En realidad, la población urbana acumulada de China, India y Brasil ya iguala prácticamente a la de Europa y la de Estados Unidos juntas.) El resultado más notorio será un desarrollo de nuevas megaciudades con poblaciones de más de 8 millones incluso, y uno más espectacular de hiperciudades con más de 20 millones de habitantes (la población mundial estimada en tiempos de la Revolución francesa). En 1995 sólo Tokio había atravesado indiscutiblemente este umbral. Para 2025, según *Far Eastern Economic Review*, Asia sola podría llegar a tener diez o once zonas conurbadas cuyo tamaño incluya Jakarta (24.9 millones), Dhaka (25 millones) y Karachi (26.5 millones). Shanghai, cuyo crecimiento se congeló por décadas por las políticas maoístas de una baja urbanización deliberada, podría llegar a tener 27 millones de residentes en esta enorme región del estuario metropolitano. Se proyecta a la vez que Mumbai (Bombay) atraerá a una población de 33 millones, aunque nadie sabe si concentraciones tan gigantescas de pobreza son sostenibles ecológica o biológicamente.

Pero si las megaciudades son las estrellas brillantes del firmamento urbano, las tres cuartas partes del peso del crecimiento poblacional serán soportadas por las po-

co visibles ciudades de segunda y pequeñas áreas urbanas: lugares en los que, como los investigadores de la ONU señalan, “hay pocos planes o ninguno para acomodar a estas personas o proporcionarles servicios”. En China (oficialmente 43% urbana en 1997), el número de ciudades oficiales ascendió de 193 a 640 desde 1978. Pero las grandes metrópolis, independientemente de su extraordinario crecimiento, están realmente descendiendo en su relativa participación en la población urbana. Más bien son las pequeñas ciudades o los pueblos recientemente convertidos en “ciudad” los que han absorbido la mayoría de la fuerza de trabajo rural, que se hizo excesiva después de las reformas del mercado en 1976. Igualmente en África, el hipercrecimiento de algunas ciudades gigantes como Lagos (de 300 mil, en 1950, a 10 millones ahora) ha coincidido con la transformación de varias docenas de pequeñas ciudades y oasis, como Ouagadougou, Nouakchott, Douala, Antananarivo y Bamako, en ciudades mayores que San Francisco o Manchester. En Latinoamérica, donde las ciudades principales monopolizaron el crecimiento, las ciudades de segunda, como Tijuana, Curitiba, Temuco, Salvador y Belém, están ahora en auge “con el crecimiento más rápido de todas las ciudades, de entre 100 mil y 500 mil habitantes”.

Además, como Gregory Guldin ha insistido, la urbanización debe concebirse como una transformación conjunta y una interacción intensificada entre cualquiera de los puntos del continuo urbano. En su estudio de caso del sur de China, el espacio del país se urbaniza *in situ* a la vez que se originan en él épocas de emigración. “Los pueblos se vuelven ciudades de mercado y



xiang, y los municipios y las pequeñas ciudades se hacen ciudades más grandes.” El resultado en China y en la mayor parte del sur de Asia es un paisaje híbrido con asentamientos parcialmente urbanizados y desarrollados, que Guldin y otros argumentan que puede ser “un nuevo patrón importante de asentamiento y desarrollo humano... una forma que no es rural ni urbana sino una mezcla de ambas cosas, donde una densa red de transacciones ata a los grandes corazones urbanos con las regiones que los rodean.” En Indonesia, donde un proceso de hibridación rural y urbana similar va muy avanzado en Jabotabek (la región más grande de Jakarta), los investigadores llaman a estos nuevos patrones de uso del terreno desokotas y discuten si éstos son paisajes transitorios o nuevas especies de urbanismo intensificado.

Los urbanistas también especulan sobre los procesos que entretienen a las ciudades del tercer mundo como nuevas redes extraordinarias, con sus corredores y jerarquías. Por ejemplo, los deltas del río Perla (Hong Kong-Guangzhou) y el río Amarillo (Shanghai), junto con el corredor Beijing-Tianjing, se están convirtiendo rápidamente en megapolis urbano-industriales comparables con Tokyo-Osaka, el bajo Rin, o Nueva York-Filadelfia. Pero ésta puede ser sólo la primera etapa del surgimiento de una estructura aún mayor. “Un corredor urbano continuo que vaya de Japón y Corea del Norte al oeste de Java”. Es muy probable que Shanghai, junto con Tokio, Nueva York y Londres, sea una de las “ciudades mundiales” en las que se controle la red global de los flujos de capital e información. El precio de este nuevo orden urbano será una creciente desigualdad dentro y entre las ciudades de distintos tamaños y las especializaciones. Guldin, por ejemplo, cita las fascinantes discusiones en China sobre si el antiguo abismo de ingreso y desarrollo en-

tre la ciudad y el campo no está siendo ahora reemplazado por un abismo igualmente importante entre las pequeñas ciudades y las ciudades costeras gigantes.¹⁴

Regreso a Dickens

Vi innumerables huéspedes, condenados a la oscuridad, a la suciedad, a la pestilencia, a la obscenidad, a la miseria y a la muerte prematura.

Dickens, "A December vision", 1850.

La dinámica de la urbanización del tercer mundo recapitula y mezcla los precedentes de la Europa y los Estados Unidos de principios del siglo xx. En China, la mayor revolución industrial de la historia fue el impulso que trasladó a una población del tamaño de Europa de las aldeas rurales a las ciudades contaminadas, de cielos nublados. En consecuencia "China dejará de ser el país predominantemente rural que fue durante un milenio". En realidad, la gran visión del centro financiero mundial de Shanghai podrá asomarse muy pronto al gran pequeño mundo urbano imaginado por Mao, o por Le Corbusier. Pero en la mayor parte del mundo en desarrollo, el crecimiento de las ciudades carece del poderoso ingenio de la manufactura y la exportación de China, y también del gran influjo de capital externo (actualmente igual a la mitad del total de la inversión extranjera en el mundo en desarrollo).

La urbanización en cualquier parte no ha estado, finalmente, aparejada a la industrialización, ni siquiera al desarrollo en sí mismo. Algunos arguirían que es expresión de una tendencia inexorable: una tendencia inherente al capitalismo del silicio para desligar el crecimiento de la producción del crecimiento del empleo. Pero en África subsahariana, Latinoamérica, el Medio Oriente y partes de Asia, la urbanización sin crecimiento es más evidentemente la herencia de una coyuntura política global –la crisis de la deuda a finales de los setenta y la subsecuente reestructuración por parte del FMI de las economías del tercer mundo en los ochenta– y no la regla de acero de la tecnología avanzada. La urbanización del tercer mundo, además, continuó su ritmo suicida (3.8% al año, de 1960 a 1993) durante los años de la langosta de 1980 y a principios de los noventa, pese a la caída de los salarios reales, la elevación de los precios y el ascenso a los cielos del desempleo urbano.

Este "perverso" auge urbano contradujo los modelos económicos ortodoxos que predecían que la influencia negativa de la recesión urbana haría más lenta o incluso

revertiría la emigración del campo. El caso africano es particularmente paradójico. ¿Cómo pudieron las ciudades en la Costa de Marfil, Tanzania, Gabón y cualquier lugar –cuyas economías se contrajeron de 2 a 5% al año– sostener aun así el crecimiento de la población de 5 a 8% al año? Parte del secreto fue por supuesto el FMI –y ahora la OMC– que impulsó políticas de desregulación agrícola y de "descampesinización" que aceleraron el éxodo de la fuerza de trabajo rural excedente a los barrios bajos urbanos e incluso a ciudades que dejaron de ser generadoras de empleos. La población urbana que crece pese al estancamiento o al crecimiento económico urbano negativo es la cara extrema de lo que los investigadores han etiquetado como "sobrurbanización". Ésta es una de las inesperadas caídas con las que el orden neoliberal ha hecho a un lado la urbanización del milenio.

La teoría social clásica, desde Marx hasta Weber, por supuesto creía que las grandes ciudades del futuro seguirían los pasos en su industrialización de Manchester, Berlín y Chicago. En realidad, Sao Paulo, Pusan y, actualmente, Ciudad Juárez, Bangalore y Guangzhou se aproximan difícilmente a esta trayectoria clásica. Pero la mayoría de las ciudades del sur son más como el Dublín victoriano que, como Emmet Larkin ha señalado, fue único entre "todas las ciudades perdidas producidas en el mundo occidental en el siglo XIX... (pues) sus barrios bajos no eran producto de la revolución industrial. Dublín, de hecho, sufrió más los problemas de la desindustrialización que la industrialización, entre 1800 y 1850."

Así, Kinshasa, Jartúm, Dar es Salam, Dhaka y Lima crecen prodigiosamente pese a la quiebra de las industrias de sustitución de importaciones, al encogimiento del sector público y al descenso en la movilidad de las clases medias. Las fuerzas globales "presionan" a la gente del campo –mecanización en Java y en la India, importación de alimentos en México, guerra civil en Haití y en Kenia, y sequía a lo largo de África, consolidación de pequeñas compañías en grandes consorcios y competencia a escala industrial en el negocio del agro–; las fuerzas parecen mantener la urbanización incluso cuando el "impulso" de la ciudad ha sido debilitado drásticamente por la deuda y la depresión. Al mismo tiempo, el rápido crecimiento urbano, en el contexto del ajuste estructural, de la devaluación de la moneda y de la reducción del Estado, ha sido la receta inevitable para la producción en masa de ciudades perdidas. Como resultado, la mayor parte del mundo urbano está prácticamente como en la época de Dickens.

La asombrosa prevalencia de las ciudades perdidas es el principal tema del informe histórico y pesimista "Hu-

man settlements (UN-Habitat) publicado el pasado octubre por la ONU *The challenge of the slums* (de ahora en adelante *Slums*) es la primera revisión global de la pobreza urbana. Integra hábilmente los diversos estudios de casos urbanos desde Abidjan hasta Sydney con una base de datos global que, por primera vez, incluye a China y al ex bloque soviético. (Los autores reconocen estar particularmente en deuda con Branko Milanovic, el economista del Banco Mundial que fue pionero en utilizar las microencuestas como poderosos lentes para estudiar la creciente desigualdad global. En uno de sus artículos Milanovic explica: “por primera vez en la historia humana los investigadores tienen datos razonablemente precisos sobre la distribución del ingreso y la asistencia social (gastos o consumo) entre más de 90% de la población mundial.”)

Slums es también poco usual por su honestidad intelectual. Uno de los investigadores asociados con el informe me dijo que las organizaciones tipo Consenso de Washington (Banco Mundial, FMI, etcétera) han insistido siempre en definir el problema de las ciudades perdidas globales no como resultado de la globalización y de la desigualdad sino del “mal gobierno”. El nuevo informe rompe, sin embargo, con la tradicional circunspección y la autocensura para acusar al neoliberalismo, particularmente a los programas de ajuste estructural del FMI. “La dirección principal de las intervenciones nacionales e internacionales durante los últimos veinte años ha aumentado realmente la pobreza y las ciudades perdidas, incrementando la exclusión y la desigualdad y debilitando los esfuerzos de las élites urbanas de utilizar las ciudades como máquinas de crecimiento.”

Slums, para asegurarse, no contempla (o deja para informes posteriores de ONU-Habitat) algunas de las cuestiones más importantes del uso de la tierra que se originan con la superurbanización y el asentamiento informal, entre ellas el crecimiento desmedido, la degradación ambiental y los peligros urbanos. También falla en dar más luz sobre los procesos de la expulsión de la fuerza de trabajo del campo o en incorporar la gran cantidad de literatura, que crece rápidamente, sobre las dimensiones de género de la pobreza urbana y el empleo informal. Pero poniendo estas consideraciones a un lado, *Slums* sigue siendo una exposición invaluable que desarrolla los hallazgos más apremiantes de la investigación con la autoridad institucional de la ONU. Si los informes del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático representan un consenso científico sin precedentes sobre los peligros del calentamiento global, lo que advierte *Slums* tiene una autoridad equivalente so-

bre la catástrofe global de la pobreza urbana. (Un tercer informe puede explorar algún día el ominoso terreno de la interacción de ambas cuestiones.) Y para los propósitos de esta revisión, proporciona un excelente marco para reconocer los debates contemporáneos sobre urbanización, economía informal, solidaridad humana y representación histórica.

La urbanización de la pobreza

La montaña de basura parecía extenderse muy lejos, después, gradualmente, sin ningún límite o frontera evidente, se convertía en algo más. Un revoltijo y una colección sorprendente de estructuras. Tiras de cartón, láminas y tabloncillos podridos, los esqueletos oxidados y sin cristales de los autos habían sido arrojados juntos para formar una morada.

Michael Thelwell, *The harder they come*, 1980.

Se informa que la primera definición publicada de *slum* (barrio bajo o ciudad perdida, n. de la t.) fue en el *Vocabulary of the Flash Language*, de Vaux, de 1812, donde era sinónimo de *racket* (juergas) o *criminal trade* (comercio ilícito). En los años del cólera de 1830 y 1840, los pobres sufrían las juergas y el comercio ilícito, más que practicarlos. Una generación más tarde, los barrios bajos fueron identificados en América y en la India, y eran generalmente reconocidos como un fenómeno internacional. El clásico “barrio bajo” era un sitio local provinciano y pintoresco, pero los reformistas solían estar de acuerdo con Charles Booth en que todos los barrios bajos se caracterizaban por una amalgama de materiales derruidos, sobrepoblación, pobreza y vicio. Para el siglo XIX los liberales y, claro, la dimensión moral fueron decisivos y los barrios bajos fueron vistos fundamentalmente y sobre todo como lugares donde los “residuos” sociales se descomponían con un esplendor inmoral y frecuentemente desenfrenado. Los autores de *Slums* desacartan las calumnias victorianas, pero conservan de otra manera la definición clásica: sobrepoblados con construcciones pobres e informales, acceso inadecuado al agua potable y a la salubridad e inseguridad en la propiedad.

Esta definición multidimensional es realmente una muestra muy conservadora de lo que se califica como ciudad perdida: muchos lectores se sorprenderán con el recuento de experiencias de la ONU, al encontrar que sólo 19.6% de los mexicanos viven en ellas. Pero incluso con esta definición restrictiva, en *Slums* se estima que

había, al menos, 921 millones de habitantes de ciudades perdidas en 2001: casi igual a la población del mundo, cuando el joven Engels se aventuró por primera vez por las peores calles de Manchester. En verdad, el capitalismo ha multiplicado exponencialmente el célebre barrio bajo de Tom-All-Along, en Bleak House. Los residentes de las ciudades perdidas constituyen un desconcertante 78.2% de la población urbana de los países menos desarrollados y la tercera parte de la población urbana global. Si extrapolamos a partir de la edad de las estructuras de la mayoría de las ciudades del tercer mundo, al menos la mitad de la población de las ciudades perdidas tiene menos de 20 años.

Los porcentajes más altos de habitantes de ciudades perdidas están en Etiopía (un asombroso 99.4% de la población urbana), Chad (también 99.4%), Afganistán (98.5%) y Nepal (92%). Las poblaciones urbanas más pobres, sin embargo, están probablemente en Maputo y Kinshasa donde, según otras fuentes, dos terceras partes de los residentes ganan menos del costo de su mínimo requerido para su nutrición diaria. En Delhi, los planificadores se quejan amargamente de “las ciudades perdidas dentro de otras”, como los paracaidistas que se establecen sobre los pequeños espacios abiertos de las colonias vueltas a establecer, de donde todos los antiguos pobres urbanos fueron brutalmente desplazados a mediados de los años setenta. En el Cairo y Pnom Pen, los paracaidistas urbanos invaden o rentan espacio en las azoteas, creando ciudades perdidas en el aire.

Las poblaciones de las ciudades perdidas están frecuente y deliberadamente muy subestimadas. A finales de 1980, por ejemplo, Bangkok tenía un “índice de pobreza oficial” de sólo 5%, aunque las encuestas hallaron que era casi un cuarto de la población (1.16 millones) que vivía en las ciudades perdidas y en campos de paracaidistas. De la misma manera, la ONU descubrió recientemente que no fue intencionado subestimar la pobreza humana en África por grandes márgenes. Los habitantes de las ciudades perdidas en Angola, por ejemplo, son probablemente dos veces más numerosos de lo que originalmente se creía. Igualmente se subestimó el número de pobres urbanos en Liberia: no es sorprendente que dado que en Monrovia se triplicó la población en un sólo año (1989-90), en un país atacado de pánico la gente haya huido de una brutal guerra civil.

Debe haber más de un cuarto de millón de ciudades perdidas en la tierra. Las cinco grandes metrópolis del sur de Asia (Karachi, Mumbai, Delhi, Kolkata y Dhaka) contienen por sí solas cerca de 15 mil distintas comunidades en ciudades perdidas con una población total de

más de 20 millones. E incluso ciudades perdidas más pobladas ocupan el litoral urbanizado del oeste de África, mientras otras enormes conurbaciones de pobreza se extienden sobre Anatolia y las altas tierras de Etiopía; se aferran a la base de los Andes y los Himalayas; se difunden más allá de los rascacielos de México, Jo-burg, Manila y Sao Paulo; y, por supuesto, se alinean sobre las orillas y riberas del Amazonas, el Níger, el Congo, el Nilo, el Tigris, el Ganges, el Irrawaddy y el Mekong. Los bloques de construcción de este planeta de ciudades perdidas son paradójicamente intercambiables y espontáneamente únicos; entre ellos están los bustees de Calcuta, los chawls y zapadpattis de Mumbai, los katchi abadis de Karachi, los kampungs de Jakarta, los iskwaters de Manila, los shammasas de Jartúm, los umjondolos de Durban, los intra-murios de Rabat, las bidonvilles de Abidján, los baladis del Cairo, los gecekondus de Ankara, los conventillos de Quito, las favelas de Brasil, las villas miseria de Buenos Aires y las ciudades perdidas de la ciudad de México. Éstas son las valientes antípodas de los paisajes genéricos de fantasía y de los parques temáticos y residenciales –de los burgueses *off-worlds* de Philip K. Dick– donde las clases medias globales prefieren cada vez más enclaustrarse a sí mismas.³⁶

Mientras que el barrio bajo clásico era el interior decadente de la ciudad, las nuevas ciudades perdidas están situadas en el borde de las explosiones espaciales. El crecimiento horizontal de ciudades como México, Lagos o Jakarta, por supuesto, ha sido extraordinario y la “difusión de las ciudades perdidas” es un problema mayor en el mundo en desarrollo que la difusión suburbana en los países ricos. El área desarrollada de Lagos, por ejemplo, se duplicó en una sola década, entre 1985 y 1994. El gobernador del estado de Lagos le dijo a los reporteros el año pasado “que cerca de dos terceras partes de la totalidad del territorio del estado, 3 577 km² podrían ser clasificados como shanties o ciudades perdidas.” “En realidad –escribía un corresponsal de la ONU– gran parte de la ciudad es un misterio... corriendo por carreteras sin luz pasas cañones de basura ardiente antes de abandonar las sucias calles que surcan a lo largo de 200 ciudades perdidas, por sus alcantarillas corren los desperdicios podridos. Incluso nadie sabe con seguridad el tamaño de la población; oficialmente es de 6 millones, pero los expertos estiman que es de 10 millones; dejando aparte el número de muertes al año o el índice de la infección de VIH.”

Lagos, además, es simplemente el nodo mayor en el corredor shanty-ciudad. Winter King, en un reciente estudio publicado en el *Harvard Law Review*, señala que

85% de los residentes urbanos del mundo en desarrollo “ocupa propiedad ilegalmente”. La irresolución de los títulos de propiedad de la tierra o el laxo estado de la propiedad son, en última instancia, las grietas a través de las cuales una vasta humanidad se derrama por las ciudades. Las formas de asentamiento en las ciudades perdidas varían a lo largo de un amplio espectro, que va de las muy disciplinadas invasiones de tierra en la ciudad de México y Lima hasta los intrincadamente organizados (pero frecuentemente ilegales) mercados de rentas en las afueras de Beijing, Karachi y Nairobi. Incluso en ciudades como Karachi, donde la periferia urbana es oficialmente propiedad del gobierno, “grandes beneficios de la especulación de la tierra... se continúan derivando del sector privado a expensas de los bajos ingresos de las familias.” En realidad, las máquinas políticas nacional y local son condescendientes con los asentamientos informales (y la especulación ilegal privada), mientras puedan controlar el complejo político de las ciudades perdidas y extraer un flujo regular de sobornos y rentas. Sin títulos de propiedad en forma, los habitantes de las ciudades perdidas son forzados a dependencias casi feudales de los funcionarios locales o los líderes de los partidos. La deslealtad puede significar deshaucio o incluso el arrasamiento de un distrito completo.

La provisión de infraestructura va muy atrás de la

urbanización, y las áreas urbanas periféricas de las ciudades perdidas no tienen recursos formales o provisión sanitaria o de cualquier cosa. Las áreas pobres de las ciudades latinoamericanas tienen, en general, mejores recursos que las del sur de Asia que, en su caso, suelen tener mínimos servicios urbanos, como agua y electricidad, que les faltan a muchas ciudades perdidas de África. Como en el primer Londres victoriano, la contaminación del agua por desechos humanos y animales sigue siendo la causa de las enfermedades diarreicas que matan, por lo menos, a dos millones de bebés urbanos y niños pequeños cada año. Un estimado de 57% de los africanos urbanos carece de acceso básico a la salubridad y en ciudades como Nairobi los pobres deben acudir a los “excusados volantes” (defecación en bolsas de plástico).

En Mumbai, mientras tanto, el problema de salubridad se define por índices de un excusado por 500 habitantes en los distritos más pobres. Sólo 11% de los vecindarios pobres de Manila y 18% en Dhaka tienen medios formales para disponer de aguas residuales. Además de la incidencia de la plaga del sida, la ONU considera que dos de cinco de los moradores de las ciudades perdidas de África viven en una pobreza que es literalmente una “amenaza a la vida”.

Los pobres urbanos, mientras tanto, están forzados en



todas partes a establecerse en terrenos peligrosos o en los que no se puede construir por alguna razón: en las terrazas de colinas inclinadas, en las orillas de los ríos y en planicies inundadas. Así acampan entre las sombras mortales de las refinerías, las fábricas de químicos, los vertederos tóxicos o en los márgenes de las vías férreas o de las carreteras. La pobreza, como resultado, ha “construido” un problema de desastre urbano con una frecuencia sin precedentes, caracterizado por la inundación crónica en Manila, Dhaka y Río, las explosiones de las gaseras y oleoductos en la ciudad de México y Cubatao (Brasil), la catástrofe de Bhopal en India, la explosión de la fábrica de municiones en Lagos y las mortales avalanchas de lodo en Caracas, La Paz y Tegucigalpa. Las comunidades sin concesiones de los pobres urbanos son además vulnerables a los brotes repentinos del estado de violencia, como el infame ataque con bulldozers a la ciudad perdida de la playa de Maroko en Lagos (“algo que ofendía la vista de la comunidad de la Isla Victoria, una fortaleza para ricos”) o la demolición, en 1995, en agua congelada de la enorme ciudad ilegal de Zhejiangcun en las orillas de Beijing.⁴⁸

Pero las ciudades perdidas, pese a lo mortales e inseguras, tienen un futuro brillante. El campo contendrá todavía por un corto periodo a la mayoría de los pobres del mundo, pero ese dudoso título pasará a las ciudades perdidas urbanas alrededor de 2035. Al fin la mitad de la próxima explosión demográfica urbana del tercer mundo será acreditada en la cuenta de las comunidades informales. Dos mil millones de moradores de ciudades perdidas para 2030 o 2040 es una monstruosidad, casi incomprendible en perspectiva, pero la pobreza urbana sobrepasa y excede a las ciudades perdidas mismas. En realidad, *Slums* dice entre líneas que en algunas ciudades la mayoría de los pobres viven en estricto sentido fuera de las ciudades perdidas. Los investigadores del “Observatorio Urbano” de la ONU advierten, además, que en 2020, la pobreza urbana en el mundo podría alcanzar entre 45 y 50% de la población total urbana.

El big bang de la pobreza en las ciudades

Después de sus risas misteriosas, se pusieron rápidamente a hablar de otras cosas. ¿Cómo es que la gente de regreso a casa sobrevivía el Programa de Ajuste Estructural?
Fidelis Balogun, *Adjusted lives*, 1995.

La evolución de la nueva pobreza urbana no ha sido un proceso histórico lineal. La lenta conversión de las chabolas en el esqueleto de una ciudad es puntuada por tor-

mentas de pobreza y explosiones súbitas de construcción de suburbios. En su colección de relatos, *Adjusted lives*, el escritor nigeriano Fidelis Balogun describe la llegada del Programa de Ajuste Estructural (PAE) ordenado por el FMI a mediados de los años ochenta, como algo equivalente a una gran catástrofe natural, que destruye para siempre el alma ancestral de Lagos y “reesclaviza” a los nigerianos urbanos:

“La misteriosa lógica de su programa económico parecía ser la de restaurar la vida de la moribunda economía, cada argumento tenía que ser ajustado estructuralmente a la mayoría de los ciudadanos. La clase media desapareció con rapidez, y los montones de basura de los pocos cada vez más ricos se convirtieron en las comidas de la población multiplicada de pobres hasta la abyección. El oleoducto a los países árabes ricos y al mundo occidental volvió a crecer.”

La queja de Balogun “por privatizar todo al vapor y conseguir que haya más hambre cada día”, o su enumeración de las pésimas consecuencias del PAE, se haría instantáneamente familiar no sólo a los otros 30 PAE de África, sino también a los cientos de millones de asiáticos y latinoamericanos. Los años ochenta, cuando el FMI y el Banco Mundial utilizaron la nivelación de la deuda para reestructurar las economías de la mayor parte del tercer mundo, fueron años en los que las ciudades perdidas se convirtieron en un futuro implacable, no sólo para los migrantes rurales pobres, sino también para los millones de habitantes urbanos tradicionales desplazados o empobrecidos por la violencia del “ajuste”.

Como se insiste en *Slums*, los PAE fueron “deliberadamente de naturaleza antiurbana” y se diseñaron para revertir las “tendencias urbanas” que existieron previamente con las políticas del Estado de bienestar, la estructura hacendaria o la inversión gubernamental. En todas partes, el FMI —actuando como administrador de los grandes bancos y respaldado por las administraciones de Reagan y de Bush— ofrecía a los países pobres el mismo cáliz envenenado de devaluación, privatización y liberación de los controles de importación y de los subsidios a los alimentos; el fortalecimiento del costo de recuperación en salud y educación y una despiadada reducción del sector público. (Un telegrama infame de 1985 del secretario del tesoro de EU, George Shultz, para los oficiales estadounidenses enviados a ultramar decía: “en muchos casos, las empresas del sector público deberán ser privatizadas.”) Al tiempo los PAE devastaron a los pequeños propietarios en el campo y los sacaron “a salvarse o morir” en los mercados globales de mercancías dominados por las empresas agrícolas del primer mundo.

Como señala Ha-Joon Chang, los PAE “hacían a un lado las medidas (es decir, las tarifas proteccionistas y los subsidios) que las naciones de la OCDE emplearon históricamente en su propio salto de la agricultura a los bienes y servicios urbanos de alto valor”. *Slums* señala lo mismo cuando argumenta que “la principal causa del aumento de la pobreza y de la desigualdad durante las décadas de 80 y 90 fue un retroceso del Estado.” Además del reforzamiento del PAE de las reducciones del gasto del sector público y de la propiedad, los autores de la ONU insisten en la disminución más sutil de la capacidad del Estado que ha resultado de la “subsidiaridad”: la devolución de poderes a los escalones bajos del gobierno y especialmente a las ONG ligadas a las principales agencias internacionales de ayuda:

“Toda la estructura aparentemente descentralizada que está fuera de la noción de un gobierno nacional representativo ha servido para un buen desarrollo mundial que a la vez se puede aprovechar para las operaciones de hegemonía global. La perspectiva internacional predominante (es decir, la de Washington) se ha vuelto el ejemplo de facto para el desarrollo, así todo el mundo se ha vuelto a unificar en la dirección general de lo que es apoyado por los donadores y las organizaciones internacionales.”

El África urbana y Latinoamérica son las regiones más duramente golpeadas por la depresión artificial puesta a funcionar por el FMI y la Casa Blanca. En muchos países el impacto de los PAE en los años ochenta, junto con las sequías prolongadas, el aumento de los precios del petróleo, la elevación vertiginosa de las tasas de interés y la caída del precio de las mercancías, fue más severo a largo plazo que la Gran depresión.

La hoja de balances del ajuste estructural en África que hace Carole Rakodi incluye fugas de los capitales, colapso de las manufacturas, crecimiento marginal o negativo en los ingresos por exportación, recortes drásticos en los servicios públicos urbanos, aumento vertiginoso de los precios y una disminución gradual de los salarios reales. En Kinshasa (“¿una aberración o más bien las señales de lo que está por venir?”) el asesinato para eliminar a los sirvientes de los ciudadanos de clase media ha producido “una increíble caída de los salarios reales” que ha apoyado un aumento pesadillesco de las bandas de criminales y atracadores. En Dar es Salam, el gasto del servicio público por persona cayó 10% al año, durante los años ochenta: la casi demolición del Estado local. En Jartúm, el ajuste estructural y de liberalización, de acuerdo con los investigadores locales, fabricó 1.1 millones de “nuevos pobres”: “la mayoría provenientes de los grupos de asalariados o de los empleados del sec-

tor público.” En Abidján, una de las pocas ciudades tropicales con un importante sector manufacturero y servicios urbanos modernos, el sometimiento al régimen del PAE los condujo directamente a la desindustrialización, al colapso de la construcción y a un rápido deterioro en el transporte público y la salubridad: La extrema pobreza en Balogun, Nigeria, la creciente urbanización de Lagos, Ibadan y otras ciudades se han metastatizado de un 28%, en 1980, a un 66% en 1996: el PIB per cápita, de cerca de 260 dólares ahora, reporta el Banco Mundial “que está por debajo del nivel que en la independencia, hace 40 años, y por debajo del nivel de 370 dólares alcanzado en 1985.”

En Latinoamérica los PAE (frecuentemente puestos en práctica por las dictaduras militares) desestabilizaron las economías rurales embistiendo el empleo urbano y los hogares. En 1970, las teorías del “foco” guevarista de insurgencia rural confirmaban todavía una realidad continental en la que la pobreza del campo (75 millones de pobres) superaba la de las ciudades (44 millones de pobres). Para finales de los años 80, sin embargo, la gran mayoría de los pobres (115 millones en 1990) estaban en las colonias urbanas y en las villas miseria y no en las granjas o los pueblos (80 millones).

Pero la desigualdad urbana explotó. En Santiago, la dictadura de Pinochet echó bulldozers a las villas miseria y evitó formalmente las invasiones radicales forzando a las familias pobres a convertirse en arrimados, ocupando al doble o al triple un mismo espacio rentado. En Buenos Aires el decil más rico que participa del ingreso aumentó diez veces más que el más pobre en 1984 y 23 veces más en 1989. En Lima, donde el valor del salario mínimo cayó alrededor de 83% durante la recesión del FMI, el porcentaje de hogares que vivían por debajo del umbral de pobreza aumentó de 17% en 1985 a 44% en 1990. En Río de Janeiro, la desigualdad medida en los clásicos coeficientes de Gini cayó de 0.58 en 1981 a 0.67 en 1989. En realidad, en toda Latinoamérica se profundizaron los valles y las cuestas de la topografía social más extrema del mundo. (Según el informe del Banco Mundial de 2003, los coeficientes de Gini están 10 puntos más altos en Latinoamérica que en Asia; 17.5 puntos más altos que los países de la OCDE y 20.4 puntos más altos que en Europa Oriental.)

En todo el tercer mundo, los choques económicos de los ochenta forzaron a los individuos a reagruparse alrededor de los recursos reunidos en los hogares y, particularmente, alrededor de las capacidades para sobrevivir y la desesperada inocencia de las mujeres. En China y las ciudades industrializadas del sur de Asia, millones de

mujeres jóvenes se contrataron a sí mismas en las líneas de ensamblaje y de procesamiento de desechos. En África y en la mayor parte de Latinoamérica (exceptuando las ciudades fronterizas del norte de México) esta opción no existía. Pero la desindustrialización y la destrucción del sector masculino de empleos impulsó a las mujeres a improvisar nuevas formas de subsistencia como trabajadoras de tiempo parcial, vendedoras de licor, vendedoras ambulantes, limpiadoras, lavanderas, traperas, nanas y prostitutas. En Latinoamérica, donde la participación de la mujer urbana en la fuerza de trabajo fue siempre menor que en otros continentes, el surgimiento de las mujeres en actividades del sector terciario e informal, durante los ochenta, fue particularmente intenso. En África, donde los iconos del sector informal son las mujeres, que consiguen toda clase de cosas y las venden, Christian Rogersson nos recuerda que incluso las mujeres del sector más informal no son realmente autoempleadas o económicamente independientes, sino que trabajan para alguien más. (Estas redes ubicuas y viciosas de microexplotación, de los pobres explotando a los más pobres, son las que brillan por encima en los recuentos del sector informal.)

La pobreza urbana se feminizó masivamente en los países del ex Comecon, después de la “liberación” capitalista de 1989. A principios de los noventa la extrema pobreza en los antiguos “países en transición” (como los llama la ONU) cayó de 14 millones a 168 millones: una masa empobrecida casi sin precedente en la historia. Aunque en una hoja de balance, esta catástrofe económica fue parcialmente compensada por el muy apreciado éxito de China en elevar los ingresos de sus ciudades costeras, el “milagro” del mercado chino se consiguió con un “aumento enorme en la desigualdad de los salarios de los trabajadores urbanos... durante el periodo de 1988 a 1999”. Las mujeres y las minorías estaban particularmente en desventaja.

En teoría, por supuesto, los noventa deberían haber enderezado las equivocaciones de los ochenta y permitido a las ciudades del tercer mundo recuperar el terreno perdido y remontar el abismo de desigualdad creado por los PAE. El dolor del ajuste debió ser seguido del analgésico de la globalización. En realidad, los noventa, como *Slums* lo señala irónicamente, fueron la primera década en la que tuvo lugar el desarrollo urbano global dentro de los parámetros casi utópicos de la libertad de mercado neoclásica.

“Durante los años noventa, el comercio continuó expandiéndose a unos índices casi sin precedente, las áreas cerradas se abrieron y los gastos militares decrecieron...

Todas las entradas básicas de la producción se volvieron más baratas, y las tasas de interés cayeron rápidamente junto con el precio de las mercancías básicas. Los flujos de capital se vieron cada vez más liberados del control nacional y se pudieron desplazar rápidamente a las áreas más productivas. En ellas existían las condiciones económicas casi perfectas, según la doctrina neoliberal predominante, uno podría haber imaginado que la década hubiera sido de una prosperidad y una justicia social sin precedentes”.

Sin embargo, en los acontecimientos, la pobreza urbana continuó incrementándose sin piedad y “la brecha entre los países pobres y los ricos aumentó, hasta lo que es ahora en los últimos 20 años; y en muchos países la desigualdad del ingreso aumentó o, en el mejor de los casos, se estabilizó”. La desigualdad global, medida por los economistas del Banco Mundial, alcanzó el increíble nivel en los coeficientes de Gini de 0.67 para el final del siglo pasado. Esto era matemáticamente equivalente a una situación en la que las dos terceras partes más pobres del mundo reciben cero ingresos y la tercera parte que está arriba todos los ingresos.



¿Una humanidad sobrante?

En nuestro camino cercano a la ciudad nos abrimos paso soportando todos esos intentos de sobrevivencia.

Patrick Chamoiseau, *Texaco*, 1997.

La tectónica brutal de la globalización neoliberal desde 1978 es análoga a los procesos catastróficos que constituyeron, en primer lugar, “un tercer mundo” durante la era del imperialismo victoriano tardío (1870-1900). En este último caso, la incorporación forzosa en el mundo del mercado de la gran masa de campesinos de subsistencia de Asia y África trajo consigo que murieran millones de hambre y la separación de decenas de millones de sus ocupaciones tradicionales. El resultado final fue, también en Latinoamérica, una “semiproletarización” rural: la creación de una clase enorme de semicampesinos empobrecidos y de trabajadores del campo carentes de lo esencial para la seguridad de su subsistencia. (Como resultado, el siglo XX se convirtió en una época, no de revoluciones urbanas como el Marx clásico imaginó,

sino en una época de levantamientos rurales y campesinos, fundamentados como guerras de liberación nacional.) Parecería que el ajuste estructural trabajó últimamente en una reconstitución fundamental del futuro humano. Como los autores de *Slums* concluyen: “en vez de enfocarse en el crecimiento y la prosperidad, las ciudades se han vuelto un terreno de descarga para una población excedente que trabaja desprotegida y discapacitada y para las industrias informales de servicios y comercio de bajos salarios.” “El surgimiento de (este) sector informal –dicen de golpe– es... una consecuencia directa de la liberalización.”

En realidad, la clase trabajadora informal global (se sobrepone pero no es idéntica a la población de las ciudades perdidas) es casi de mil millones: lo que la hace la de crecimiento más veloz y la mayor clase social, sin precedentes en la tierra. Desde que el antropólogo Keth Hart, al trabajar en Accra, sacó a colación el concepto de “sector informal” en 1973, en una gran cantidad de textos (cuya mayor parte falla en distinguir microacumulación de subsistencia) se discuten los enormes problemas teóricos y empíricos que implica el estudio de las estrategias de supervivencia de los pobres urbanos. Hay, sin embargo, un consenso básico: la crisis de los ochenta invirtió las posiciones estructurales relativas de los sectores formal e informal, y la supervivencia informal es el principal modo de vida en la mayor parte de las ciudades del tercer mundo.

Alejandro Portes y Kelly Hoffman evaluaron recientemente el impacto global de los PAE y la liberalización sobre las estructuras de las clases urbanas desde 1970. En concordancia con las conclusiones de la ONU, encontraron que los empleados del Estado y el proletariado formal han declinado en todos los países de la región desde 1970. En comparación, el sector informal de la economía, junto con la desigualdad social general, se ha expandido mucho. A diferencia de algunos investigadores, hacen una distinción crucial entre una pequeña burguesía informal (la suma de los propietarios de las microempresas, que emplean a menos de cinco trabajadores, más los profesionales y técnicos que trabajan por su propia cuenta) y el proletariado informal (la suma de los trabajadores por su cuenta, menos los profesionales y los técnicos, empleadas domésticas y trabajadores pagados y no pagados de las microempresas). Han demostrado que este último estrato de “microempresarios”, tan querido en las escuelas de comercio de Estados Unidos, está siendo muchas veces desplazado por profesionales del sector público o trabajadores principiantes calificados. Desde 1980 han pasado de 5 a 10% de la población



urbana económicamente activa: una tendencia que refleja el “emprendedorismo” forzado que se les impone a los antiguos trabajadores asalariados, dada la declinación del sector del empleo formal.” En total, de acuerdo con *Slums*, los trabajadores informales son cerca de dos quintas partes de la población económicamente activa del mundo. Según los investigadores del Banco Interamericano de Desarrollo, la economía informal emplea actualmente a 57% de la fuerza de trabajo latinoamericana y cubre cada cuatro de los cinco nuevos “empleos”. Otras fuentes señalan que más de la mitad de los indonesios urbanos y 65% de los residentes de Dhaka subsisten en el sector informal. *Slums* cita igualmente investigaciones que han encontrado que la actividad económica del sector informal es de 33 a 40% del empleo urbano en Asia, 60 a 75% en Centroamérica y 60% en África. En cambio, en las ciudades subsaharianas la generación de “trabajo formal” prácticamente ha dejado de existir. Un estudio de la Organización Internacional del Trabajo sobre los mercados de trabajo urbano en Zimbawe que han estado bajo “el estancamiento inflacionario” del ajuste estructural a principios de los noventa, encontró que el sector formal había creado sólo 10 mil empleos al año ante una fuerza de trabajo urbana que crece a más de 300 mil por año. En *Slums* se estima igualmente que 90% de los nuevos trabajos urbanos de África, en la siguiente década, provendrá de alguna manera del sector informal.

Las lumbreras de la autosuficiencia en el capitalismo, como el incontenible Hernando de Soto, pueden ver esta enorme población de trabajadores marginados, servidores civiles que perdieron su empleo y ex campesinos, realmente como una frenética colmena de emprendedores ambiciosos anhelantes de derechos formales de propiedad y de un espacio de competencia poco regulado, pero esto hace más obvio el hecho de considerar a la mayoría de los trabajadores informales como desempleados “activos”, que no tienen alternativas pero subsisten de cierta manera o mueren de hambre. Los 100 millones estimados de niños de la calle no son proclives –disculpas al señor Soto– a empezar a distribuir mensajes o entregas de goma de mascar. Tampoco los más de 70 millones de “trabajadores flotantes” de China, que viven furtivamente en la periferia urbana se capitalizan eventualmente como pequeños contratistas o se integran a la clase trabajadora formal. Y la clase trabajadora informal –sujeta en cualquier parte a la micro y a la macroexplotación– está casi universalmente privada de protección por las leyes de trabajo y otros estándares.

Además, como argumenta Alain Dubresson en el ca-

so de Abidján, “el dinamismo de los gremios y del comercio a pequeña escala depende en gran medida de la demanda del sector asalariado”. Él advierte, contra la “ilusión” cultivada por la Organización Internacional del Trabajo y el Banco Mundial, que “el sector informal puede reemplazar eficientemente al sector formal y promover un proceso de acumulación suficiente para una ciudad de más de 2.5 millones de habitantes.” Su advertencia ha sido transmitida por Christian Rogerson, quien al distinguir (como Portes y Hoffmann) “la supervivencia” del crecimiento de las microempresas, escribe: “hablando en general, la mayoría de los ingresos generados por estas empresas, cuya mayor parte está dirigida por mujeres, normalmente caen en los estándares cortos o incluso mínimos para vivir y tienen muy poca inversión de capital, casi ninguna capacidad de entrenamiento y sólo constriñen las oportunidades de expansión en una empresa viable.” Incluso los salarios del sector formal en África son tan bajos que los economistas no pueden imaginarse cómo sobreviven los trabajadores con ellos (el llamado enigma del salario); el sector terciario informal se ha convertido en una arena de competencia darwiniana extrema entre los pobres. Rogerson cita los ejemplos de Zimbawe y Sudáfrica donde las mujeres controlaban nichos informales como las cosas del hogar y las spazas están ahora tan hacinadas y llenas de gente por el colapso de la rentabilidad.

La tendencia macroeconómica real del trabajo informal, en otras palabras, es la reproducción de la pobreza absoluta. Pero si el proletariado informal no es la insignificante pequeña burguesía ni el “ejército de reserva laboral”, ni el “lumpenproletariado” en cualquier sentido ya obsoleto del siglo XIX, una parte de él es la fuerza de trabajo furtiva de la economía formal y numerosos estudios han expuesto cómo las redes de subcontratación de Wall Mart y otras megacompañías se extienden profundamente en la miseria de los barrios bajos y las chabolas. Pero, al final del día, una mayoría de los moradores de las ciudades perdidas están verdaderamente sin lugar en la economía internacional contemporánea.

Las ciudades perdidas, por supuesto, se originan en el campo global donde, como nos recuerda Deborah Bryce-son, la competencia desigual con la agroindustria a gran escala está desgarrando la sociedad rural tradicional “separando sus costuras”. Como las áreas rurales pierden su “capacidad de almacenamiento”, las ciudades perdidas toman su lugar, y la “involución” urbana reemplaza a la rural como un pozo para el trabajo excedente que sólo puede mantenerse al ritmo por la subsistencia de las siempre heroicas hazañas de la autoexplotación y de una

mayor subdivisión competitiva de los ya muy densos nichos de supervivencia. La “modernización”, el “desarrollo” y ahora el “libre mercado” han tenido su día. La fuerza de trabajo de miles de millones de personas ha sido expulsada del sistema mundial, ¿y quién puede imaginar un escenario posible, bajo los auspicios neoliberales, que los reintegre como trabajadores productivos o consumidores masivos?

Marx y el espíritu santo

(El Señor dijo:) Vendrá un día en que los hombres pobres dirán que no tienen nada que comer y que los empleos han desaparecido... Eso va a causar que los pobres vayan a esos lugares e intervengan para obtener comida.

Eso ocasionará que los hombres ricos salgan con sus pistolas a hacerles la guerra a los hombres que trabajan... la sangre estará en las calles como una lluvia profusa del cielo.

Una profecía de “Azusa Street Awakening”, de 1906.

El capitalismo tardío, expolio de la humanidad, está teniendo lugar. El crecimiento global de un gran proletariado informal es, además, un desarrollo estructural nunca previsto ni por el marxismo clásico ni por las lumbreras de la modernización. *Slums* realmente desafía la teoría social al entender la novedad de un residuo verdaderamente global de la falta de estrategia del poder económico con el trabajo social, y que se concentra masivamente en las villas miseria del mundo rodeando los enclaves fortificados de los ricos urbanos.

Las tendencias a la involución urbana existieron, por supuesto, durante el siglo XIX. Las revoluciones industriales europeas fueron incapaces de absorber la provisión total de fuerza de trabajo rural desplazada, particularmente después de que la agricultura del continente se expuso a la competencia devastadora de las praderas de Estados Unidos, desde la década de 1870. Pero la migración masiva a las ciudades de los colonos en América y Oceanía, y también a Siberia, provocó una dinámica válvula de seguridad que impidió el surgimiento de mega Dublines y de la propagación de un tipo de anarquismo de las clases bajas que tenía raíces en las partes más empobrecidas del sur de Europa. Ahora, la fuerza de trabajo excedente enfrenta barreras sin precedente –literalmente “un gran muro” reforzado de alta tecnología– que bloquea la migración a gran escala a los países ricos. Igualmente, los controversiales programas de reubicación de las poblaciones en regiones de “frontera” como

la Amazonia, el Tibet, Kalimantan e Irian Jaya producen deterioro ambiental sin reducir sustancialmente la pobreza urbana de Brasil, China e Indonesia. Entonces, sólo las ciudades perdidas permanecen como la solución otorgada totalmente al problema de almacenaje de la humanidad excedente del siglo XXI. ¿Pero no son grandes villas miseria, como la aterrorizada burguesía victoriana imaginó alguna vez, volcanes que esperan la erupción?; ¿o es esa despiadada competencia darwiniana, como números cada vez más crecientes de gente pobre compitiendo por los mismos desechos informes, asegurando su consumo en la violencia comunal, hasta ahora la forma más alta de la involución urbana? ¿Hasta qué punto ese proletariado informal posee algo más potente que los talismanes marxistas de la representación histórica? ¿Puede la fuerza de trabajo desincorporada serlo en un proyecto emancipatorio global? ¿O es la sociología de la protesta, en una megaciudad empobrecida, una regresión a la muchedumbre preindustrial urbana, episódicamente explosiva durante las crisis de consumo pero, de otra manera, fácilmente manejable mediante el clientelismo, el espectáculo populista y los llamados a la unidad étnica? ¿O es algún nuevo sujeto histórico inesperado, a la Hardt y Negri, caminando cabizbajo hacia la superciudad?

En realidad, la literatura actual sobre pobreza y protesta urbana ofrece pocas respuestas a estas preguntas a gran escala. Algunos investigadores, por ejemplo, se preguntarían si en una villa miseria étnicamente diversa, pobre o económicamente heterogénea, los trabajadores informales constituirían incluso una “clase por sí misma” significativa, y mucho menos un activismo potencial de la clase por sí misma. Seguramente, el proletariado informal porta “cadenas radicales” en el sentido marxista de tener poco o ningún interés en la preservación del modo de producción existente. Pero dado el desarraigo de los migrantes y los trabajadores informales, se ha dispuesto por largo tiempo de una fuerza de trabajo que se consume con el tiempo, o de un servicio doméstico reducido en las casas de los ricos; estos trabajadores tienen poco acceso a la cultura del trabajo colectivo o a la lucha de clases en gran escala. Su estrato social debe ser necesariamente el de las calles de las ciudades perdidas o el lugar del mercado, no la fábrica ni la línea internacional de ensamblaje.

Las luchas de los trabajadores informales, como insiste John Walton en una reciente revisión de la investigación sobre los movimientos sociales de las ciudades de los pobres, han tendido a ser episódicas y discontinuas. Están centradas también normalmente en cuestio-

nes de consumo inmediato: invasiones de tierra en busca de un hogar costeable y motines contra la elevación del precio de la comida y las mercancías. En el pasado, al menos, “los problemas urbanos en las sociedades en desarrollo se negociaban con las relaciones entre el patrón y el cliente y no con el activismo popular.” Desde la crisis de la deuda de los ochenta, los líderes neopopulistas en Latinoamérica han tenido mucho éxito en explotar el deseo desesperado de los pobres urbanos de estructuras más estables y predecibles en su vida diaria. Aunque Walton no lo señala explícitamente, el sector urbano informal ha sido ideológicamente promiscuo en su apoyo a los salvadores populistas: en Perú, riéndose de Fujimori, y en Venezuela, adoptando a Chávez. En África y en el sur de Asia el clientelismo urbano frecuentemente se iguala al dominio de los fanáticos religiosos y sus pesadillescas ambiciones de limpieza étnica. Entre los ejemplos más notorios están las milicias antimusulmanas del Oodua People del Congreso de Lagos y el movimiento semifascista de Shiv Sena en Bombay.

¿Podrán permanecer las sociologías de protesta hasta la mitad del siglo XXI? El pasado es quizá una pobre guía para el futuro. La historia no es uniforme. El nuevo mundo urbano está evolucionando a una extraordinaria velocidad y frecuentemente en direcciones impredecibles. En todas partes la acumulación de pobreza socava la seguridad existencial y plantea desafíos cada vez más extraordinarios a la ingenuidad económica de los pobres. Quizá haya un punto a partir del cual la contaminación, la congestión, la codicia y la violencia de la vida urbana cotidiana finalmente aplasten las redes civiles y de sobrevivencia adecuadas en las ciudades perdidas. Seguramente en el viejo mundo rural había umbrales que se calibraban frecuentemente según el hambre, y que iban directos a una explosión social. Pero nadie sabe todavía la temperatura social a la que las nuevas ciudades de la pobreza hacen combustión espontánea.

En realidad, al menos por el momento, Marx le cede esta etapa histórica a Mahoma y al espíritu santo. Si dios murió en las ciudades de la revolución industrial, ha surgido de nuevo en las ciudades posindustriales del mundo en desarrollo. El contraste entre las culturas de pobreza urbana de las dos eras es extraordinario. Como lo ha mostrado Hugh McLeod en su magistral estudio sobre la religión de la clase trabajadora victoriana, Marx y Engels fueron muy precisos en su creencia de que la urbanización iba a secularizar a la clase trabajadora. Aunque Glasgow y Nueva York son en parte excepciones, “la línea de interpretación que asocia el desapego de la iglesia con la creciente conciencia de clase es en algún sentido

indiscutible”. Aunque las pequeñas iglesias y las sectas disidentes han prosperado en las ciudades perdidas, la corriente mayoritaria es pasiva o activa en su falta de fe. Ya en 1880, Berlín escandalizaba a los extranjeros como la ciudad “más irreverente en el mundo” y en Londres, la asistencia a la iglesia por parte de los adultos era mediana en el proletario East End y en Docklands; alrededor de 1902, era escasamente 12% (y la mayoría católicos) En Barcelona, por supuesto, una clase trabajadora anarquista saqueó las iglesias durante la Semana Trágica, y en los barrios bajos de San Petesburgo, Buenos Aires e incluso Tokio, los trabajadores militantes abrazaron las nuevas fes de Darwin, Kropotkin y Marx.

Hoy, por otro lado, el islam populista y la cristiandad pentecostal (y en Bombay el culto a Shivaji) ocupan un espacio social análogo al del anarquismo y socialismo de principios del siglo XX. En Marruecos, por ejemplo, donde medio millón de emigrantes rurales son absorbidos por las ciudades populosas cada año, y donde la mitad de la población tiene menos de 25 años, los movimientos islámicos como “Justicia y Bienestar”, fundado por Sheik Abdessalam Yasin, se han convertido en los gobiernos reales de las ciudades perdidas: organizan escuelas nocturnas, proveen ayuda legal a las víctimas de abuso del Estado, compran medicinas para los enfermos, subsidian las peregrinaciones y pagan los funerales. Como el primer ministro Abderrahmane Youssoufi, el líder socialista que se exilió una vez de la monarquía, admitió recientemente ante Ignacio Ramonet: “Nosotros (la izquierda) nos hemos aburguesado. Nos hemos separado del pueblo. Necesitamos reconquistar los barrios populares. Los islamistas han seducido a nuestro electorado natural. Les prometen el cielo en la tierra.” Y el líder islamista, por otra parte, le dijo a Ramonet: “enfrentada a la negligencia del Estado, y ante la brutalidad de la vida diaria, la gente descubre, gracias a nosotros, la solidaridad, la autoayuda y la fraternidad. Entiende que el islam es humanismo.”

La contraparte del islam populista en las ciudades perdidas de Latinoamérica y en la mayoría del África subsahariana, es el pentecostalismo. El cristianismo es ahora, en su mayor parte, una religión no occidental (dos tercios de sus adherentes viven fuera de Europa y Estados Unidos), y el pentecostalismo tiene sus misiones más dinámicas en las ciudades de la pobreza. En realidad, la especificidad histórica del pentecostalismo es tal que es la principal religión mundial que ha crecido casi totalmente en los terrenos de las modernas ciudades perdidas. Con raíces en el primer metodismo estático y la espiritualidad afroamericana, el pentecostalismo “des-

perió” cuando el espíritu santo le dio el don de las lenguas a los participantes de un maratón interracial de oración en un vecindario pobre de Los Ángeles (Azusa Street) en 1906. Unificado alrededor del bautismo, de la cura milagrosa, del credo carismático y premilenarista, en un mundo que venía de la guerra mundial de capitalismo y trabajo, los primeros pentecostales –como los historiadores religiosos lo han señalado repetidamente– se originaron como una “democracia profética” cuyos constituyentes rurales y urbanos se superpusieron, respectivamente con los del populismo y los de la IWW. En realidad como organizadores tambaleantes, sus primeros misioneros para Latinoamérica y África “vivían frecuentemente en extrema pobreza, salían con poco o nada de dinero, rara vez sabían dónde pasarían la noche, o cómo obtendrían la siguiente comida.” Ellos no beneficiaban en nada a la IWW en sus vehementes denuncias de las injusticias del capitalismo industrial y de su inevitable destrucción.

Sintomáticamente, la primera congregación brasileña fue fundada, en un distrito anarquista de la clase trabajadora de Sao Paulo, por un artesano italiano inmigrante que había tenido contacto con Malatesta en Chicago por el espíritu santo. En Sudáfrica y Rhodesia, el pentecostalismo puso sus primeras huellas entre los círculos de los mineros y las villas miserias donde, según Jean Camaroff, “parecía concordar con las nociones indígenas de las fuerzas espirituales pragmáticas y con la reparación de la despersonalización y la falta de poder de la experiencia de la fuerza de trabajo urbana.” El pentecostalismo les concede más papel a las mujeres que ninguna otra iglesia cristiana y apoya enormemente la abstinencia y la frugalidad; el pentecostalismo –como lo descubrió R. Andrew Chesnut en las baixadas de Belém– posee un atractivo particular para el estrato “más miserable de las clases empobrecidas”: esposas abandonadas, viudas y madres solteras. Desde 1970, y en gran medida por su atractivo para las mujeres de las villas miserias y su reputación de ser ciego al color, ha ido creciendo en lo que se dice que es el movimiento autorganizado más grande de gente pobre urbana en el planeta.

Pese a que las declaraciones de que habían “más de 533 millones de pentecostales carismáticos en el mundo en 2002” son probablemente hiperbólicas, debe haber muy bien la mitad de ese número. Se acepta comúnmente que el 10% de Latinoamérica es pentecostal (cerca de 40 millones de personas) y que el movimiento es por sí sólo la respuesta cultural más importante a la urbanización traumática y explosiva. Como el pentecostalismo se ha globalizado, se ha diferenciado en distintas co-

rientes y sociologías. Pero aunque en Liberia, Mozambique y Guatemala, las iglesias patrocinadas por EU han traído dictaduras y represión, y aunque algunas congregaciones de Estados Unidos están ahora nominadas dentro de la corriente suburbana del fundamentalismo, el vínculo misionero del pentecostalismo en el tercer mundo permanece más cerrado al original espíritu milenarista de Azusa Street. Sobre todo, como Chesnut encontró en Brasil, el pentecostalismo “sigue siendo una religión de la periferia informal” (y en Belém, particularmente, “de los más pobres entre los pobres”). En Perú, donde el pentecostalismo crece casi exponencialmente en las grandes barriadas de Lima, Jeffrey Gamarra afirma que el crecimiento de las sectas y de la economía informal “son consecuencia y son entre sí una respuesta”. Paul Freston agrega que “es la primera religión masiva autónoma en Latinoamérica... Los líderes pueden no ser democráticos, pero provienen de las mismas clases sociales.”

En contraste con el populista islam, que hace énfasis en la continuación civilizada y en la solidaridad a través de las clases en la fe, el pentecostalismo, en la tradición de sus orígenes africanoamericanos, mantiene fundamentalmente la identidad del exilio. Aunque, como el islam en las villas miserias, se relaciona a sí mismo eficazmente con las necesidades de supervivencia de la clase trabajadora informal (organiza redes de autoayuda para las mujeres pobres; ofrece curación de fe y paramedicina; proporciona recuperación del alcoholismo y la adicción; aísla a los niños de las tentaciones de la calle, etcétera), su premisa definitiva es que el mundo urbano es corrupto, injusto e irreformable. Está por verse, como Jean Camaroff ha señalado en su libro sobre las iglesias africanas sionistas (muchas de las cuales son ahora pentecostales), si esta religión de “los marginados en las barriadas pobres de la modernidad colonial” es realmente una resistencia “más radical” que “la participación en la política formal o en los sindicatos” Pero, con la izquierda por mucho tiempo ausente de estas ciudades perdidas, la escatología del pentecostalismo se rehúsa admirablemente al destino inhumano de las ciudades del tercer mundo, del que *Slums* hace advertencia. También santifica a quienes en un sentido estructural y existencial viven verdaderamente en el exilio ■

© *New Left Review*.

Traducción: Alicia García Bergua.

Ilustraciones: Kurth Wirth, *Drawing a creature process*, ABC Editions, Zurich.

Las notas de este artículo pueden ser consultadas en nuestra página de internet, www.estepais.com.mx